

El nihilismo, síntoma más que diagnóstico

PEDRO GÓMEZ GARCÍA

Después de escuchar personalmente a Gianni Vattimo disertando sobre nihilismo en la actualidad, me ha sorprendido no tanto su defensa de un "anarquismo no violento" cuanto su asunción del mensaje cristiano del amor al prójimo, como expresión que dé contenido o criterio a la creación de nuevos valores y a la resistencia frente al poder imperial. Ahora comprendo que el nihilismo posee un cierto carácter religioso. Como en toda religión hay clérigos y laicos, yo confieso que en este asunto soy lego. Así que no será raro que diga algunas herejías.

En el terreno de la historia, el nihilismo surge como una crítica y rechazo al cristianismo establecido. Hay noticias de que se llamó *nihilistas* a ciertos herejes cristianos de la edad media. A mediados del siglo XIX, los nihilistas rusos repudiaron el cristianismo como causa del atraso de su país, postulando un cambio revolucionario que los condujo a la violencia terrorista y al asesinato del zar Alejandro II, en 1881. Al final de ese siglo, Friedrich Nietzsche formuló en su filosofía el canon del nihilismo contemporáneo. Me atenderé a él, porque después sólo ha habido epígonos y rabinos -exceptuado acaso el intento de renovación de Vattimo-.

En síntesis, Nietzsche opina que los valores tradicionales, representados fundamentalmente por la moral cristiana, debilitan al hombre, fomentan renuncia, resentimiento y conformismo; por eso, los juzga periclitados. Esta idea la expresa dogmáticamente en código teológico: "Dios ha muerto". En su proyecto, llama a la transmutación de todos los valores, la afirmación vital de la voluntad de poder, transgrediendo los valores establecidos y creando nuevos valores, hasta alcanzar el reino del Superhombre. Como camino, propone la alegoría del hombre que pasa de ser *camello* -cargado con el fardo de los valores tradicionales que lo esclavizan-, a convertirse en *león* -cuya fiereza niega y destruye todos los valores, aniquilándolos-, para llegar a ser finalmente *niño* -que, desde su mirada inocente, su amor a la vida y su fortaleza, recrea el mundo sobre los auténticos valores-.

En ese *pequeño relato*, se aprecian ciertas resonancias dialécticas, como la negación de la negación. Pero, si vamos al análisis de los textos, encontraremos más bien una aleación de idealismo apasionado y darwinismo social, con una carga de prejuicios racistas propios de la época.

La diagnosis del discurso nihilista no sólo se aplica a la religión y la moral, sino que se amplía a la llamada civilización occidental en su conjunto, incluyendo los planos de la ciencia, la política, la filosofía, la cultura... Cree haber descubierto la clave de todo ello en la nihilidad de sus fundamentos. Por eso, desenmascara y niega su falsa concepción, su inauténtico valor, su falta de sentido y finalidad. Y a partir de esta negación nihilista, imagina la reconstrucción del mundo humano desde sus cimientos, desde cero... O, más exactamente, desde un voluntarismo que parece descrito en términos de fuerza zoológica y obsoletos "instintos". Intentaré esbozar algunas objeciones.

El diagnóstico es metafórico

La propia denominación de *nihilismo* presenta, desde sus orígenes, una equívocidad tal que no resulta operativa, puesto que genera constantes malentendidos. Si exceptuamos a los muy iniciados en la secta, la gente percibe como mucho las connotaciones negativas (de las que se hace eco el diccionario, que define nihilismo como "Negación de toda creencia", "Negación de todo principio religioso, político y social").

La literatura nihilista es interesante en cuanto disolución de los absolutos, pero resulta nefasta en cuanto absolutiza la disolución. Descalificar radicalmente la ciencia ("no hay verdad"), la filosofía ("no hay sentido ni fundamento"), la ética ("todos los valores son falsos") y la teología ("Dios ha muerto") deriva hacia un maniqueísmo epistemológico y pragmático. En realidad, no es tanto situarse más allá del Bien y del Mal, sino trazar la divisoria en otra parte: el Bien y el Mal del sistema civilizatorio constituyen el Mal, frente al proyecto del nihilista que anuncia un saber liberador, nuevos valores y un superhombre.

Al sustituir a Apolo por Dionisos, opta por un irracionalismo, pero sin dejar de ser idealista, en la medida en que todo voluntarismo lo es; en la medida en que se cree que las ideas y la voluntad determinan el curso de la historia. Un enfoque interpretativo que prescinde de la racionalidad y objetividad de las ciencias empíricas y da vía libre a sus ocurrencias, por geniales que sean, debe ponernos en guardia. Y al escoger como profeta a Zaratustra, el que fuera fundador del dualismo maniqueo de la religión mazdeísta, ahonda una descalificación total del mundo establecido, actitud que no es propiamente crítica, pues no discierne. Al negar absolutamente, se queda sin mundo y sin hombre reales. Entonces proyecta más allá la idea del Superhombre, al tiempo que se retrotrae a oscuras fuerzas biológicas -y, por ende, a algo natural prehumano- en busca de salvación.

Lo que pone más en entredicho al discurso nihilista es que metodológicamente carece de los medios necesarios para la verificación de sus afirmaciones. Pero no le preocupa, porque en el dominio de la metafísica y de la impugnación de la metafísica nadie se lo echará en cara. Se diría que entre las condiciones de posibilidad de la continuación de ese discurso está la ignorancia de los conocimientos científicos, físicos, biológicos y antropológicos, junto a una decidida voluntad de poder no obligada a dar razón de sí misma. Así, la falta de teoría contrastable se suple con disertaciones especulativas e intempestivas, que a lo sumo alcanzan cierta verosimilitud.

Pero no podemos progresar en la teoría sin edificarla sobre los avances de los conocimientos científicos. El cosmos, la vida y la humanidad existen en el tiempo finito de la evolución, conformando estructuras, sistemas y procesos que son el objeto a investigar. Ni el Ser ni la Nada son de este mundo. Al interpretar y combatir la ideología metafísica sin abandonar su campo, el nihilismo sigue siendo una negación ideológica de la ideología. Y al no saber esto de sí mismo, se presta como artillería manipulable para cualquier propósito demoledor.

La terapia resulta contraproducente

Consecuente con el diagnóstico maniqueo de que lo establecido es radicalmente malo, el imperativo estriba en transmutar todos los valores, destruir toda creencia, con la buena intención de que de tal aniquilación surgirá la posibilidad dar nacimiento al hombre nuevo. El énfasis se

pone primeramente en la negación, la transgresión, la subversión del orden existente, que no vale nada. En esta práctica se trasluce una fe en la violencia redentora, una especie de fe milenarista, guiada por el mito del advenimiento del Superhombre. Desde ahí se emprende la extraña batalla, en todo el frente, contra la ciencia, contra la técnica, contra el humanismo, contra la democracia, contra la igualdad...

No puede sorprender que esa terapia de la destrucción degenera en una estrategia bárbara, fundada en una ideología y una mitología de la revolución reaccionaria y de lo reaccionario que conlleva toda revolución violenta. En efecto, el comportamiento nihilista, que despliega la voluntad de dominio aniquilando cuanto la obstaculiza, cuenta con tan pocas probabilidades de mejorar al ser humano como las que tendría el introducir mutaciones aleatorias en el genoma de una especie para ver si mejora -sabiendo que en su mayoría serán deletéreas-. ¿Qué garantías tienen los valores inventados por el nihilista creador? ¿Cómo discernir si los "nuevos valores" son mejores? Al parecer, sólo los avala el hecho de poder imponerse al modo de la supervivencia darwiniana. Pero, si esto es un argumento, valdría igualmente para la tradición establecida. Y ¿qué reparo oponer a este mundo actual, sometido a la ley del más fuerte?

La moral de los señores recuerda demasiado a la inmoralidad del señorito. El poderoso siempre ha sido transgresor y nihilista práctico. El nihilismo filosófico detesta las condiciones que establezcan límites y protejan también los derechos de los débiles; en cambio, exalta la utopía del poder jerárquico y aristocrático, y Nietzsche tiene la desfachatez de proponernos como modelo el *Código de Manu*, que consagró el brahmánico sistema de castas en India.

Desde el punto de vista político, la vulgata nihilista carece de alternativa y da la impresión de que quisiera estar por encima de uno u otro signo. Pero los hechos ya han mostrado que su mensaje vale para cualquiera, allí donde se postule un rechazo radical y violento del orden establecido: La adopta la extrema derecha (el fascismo, el nazismo) lo mismo que la extrema izquierda (el anarquismo y, a su manera, el comunismo). En general, se hace presente allí donde una voluntad de poder se autoerige en fuente suprema de los valores, o cree estar en posesión de ella. Esto exige autoafirmación irracional y, a la vez, devaluación, negación o dominación del otro. Lo que ocurre luego es que, como los comportamientos individuales de autoafirmación absoluta abocarían al caos social y la delincuencia generalizada, el proceso revolucionario suele producir un efecto de resonancia y transferencia colectivista, por identificación con el nuevo sistema salvífico y su jerarquización de poder, dando lugar a la emergencia de algún tipo de régimen totalitario.

La decepción resultante

Aquello a lo que apunta alegóricamente la tradición nihilista puede, hoy día, entenderse mejor fundado y explicitado en otros términos, como por ejemplo el hundimiento del paradigma determinista de la ciencia clásica; la metamorfosis de las ciencias físicas y biológicas en el siglo XX; el carácter histórico y la codificación cultural de todos los comportamientos sociales y humanos; la inmanencia antropológica al espíritu humano de todo sentido, valor y creencia; la necesidad de diálogo entre razón crítica y pensamiento mítico; la indagación de los universales genéticos y culturales, sobre los que acordar unas bases comunes como marco de convivencia humana en libertad; la búsqueda de sistemas sociales, tecnoeconómicos y socioecológicos respetuosos con la vida; una política de humanidad capaz de resistir a los mecanismos

deshumanizadores, afirmando modos de vida sanos y colaborando a que los sistemas sociales y el sistema mundial sean cada vez menos injustos, menos crueles, menos mendaces, menos degradantes. Para todo ello no basta un esteticismo rebelde e individualista. Hace falta seguir inventando relaciones de vida en común y posibilitarlas mediante la creación de recursos de todo tipo que requieren un modo de producción todavía sin nombre.

Pero el hecho es que, un siglo largo tras la locura y la muerte de Nietzsche, sus talmudistas prosiguen la exégesis de un pensamiento soterialógico a todas luces ensimismados, enredados en los cortocircuitos del principio de negar todo principio, de la creencia de afirmar negando y construir destruyendo.

Sin duda sería más sano cuestionarse a sí mismo y salir con los demás en busca de explicación y respuesta adecuada para un mundo en el que se acumulan grandes problemas globales y cotidianos que afligen a la humanidad y al planeta. Porque no es el abstracto nihilismo el espectro que recorre el mundo, sino una legión de demonios concretos, cuyos nombres son acontecimientos temibles: masacre en guerras de cientos de millones de personas, extinción de miles de especies vivas, superpoblación mundial, devastación de la biosfera, calentamiento global, desertificación, agujero en la capa de ozono, armamento nuclear, despilfarro militar, despilfarro energético, pobreza, miseria, hambre, enfermedades, desigualdad creciente, explotación de los inmigrantes, agotamiento de los recursos naturales, productividad menguante, modo de consumo insostenible, atropello de los derechos humanos, ley de la selva del mercado mundial, inoperancia de la ONU, fanatismos ideológicos, políticos y religiosos...

La hermenéutica del nihilismo no nos permite hacer un balance optimista. El discurso nihilista acierta, a veces, en apuntar consideraciones sugestivas o críticas fulgurantes sobre determinado asunto o problema, pero bien es verdad que no cuenta con un método mínimamente fiable para analizar el objeto que se propone, la problemática de la civilización occidental y el mundo contemporáneo.

El pensamiento nihilista carece de una teoría medianamente consistente y homologable para explicar la transformación social, histórica y cultural, por lo que a su desconocimiento objetivo de la realidad añade el de lo referente a los procesos y mecanismos de evolución; de tal modo que suple este hueco mediante creencias rudimentarias, basadas en metáforas de violencia destructiva y recreación prodigiosa, con turbios tintes milenaristas y apocalípticos.

Al mismo tiempo, el nihilismo alimenta un imaginario mítico-utópico, cuyo prototipo sería el Superhombre, en el que no es difícil reconocer una nueva idealización suprahistórica, que opera como sucedáneo de un dios y que viene a la existencia como hipóstasis, absolutización y enmascaramiento de los propios fines, sean del signo que sean. De paso, cumple la función de legitimar toda falta de escrúpulos en los medios para conseguir tales fines.

En definitiva, a la altura de estos tiempos, uno llega a la conclusión de que el nihilismo -y su escolástica- no representa ningún esclarecimiento, ninguna solución, sino que más bien es parte de la sintomatología del mal que él mismo quiso denunciar. El discurso nihilista refleja la imagen en el espejo de los males que él mismo fustiga. Su estética de la transmutación de todos los valores condena a sus seguidores a la impotencia o al eterno retorno de la dominación.

La fábula del camello, el león y el niño puede llegar incluso a volverse del revés, en aquel que

se cree el nihilismo como un niño, lo defiende con uñas y dientes como un león y acaba cargando con él como un camello.

«El nihilismo, síntoma más que diagnóstico», en Javier de la Higuera, Luis Sáez y José Francisco Zúñiga (eds.), *Nihilismo y mundo actual*. Granada, Editorial Universidad de Granada, 2009 (págs. 137-142).
